

## Presentación de *Lenguas vivas*

Hace menos de un año presentamos en este mismo lugar otro libro de Lola López Mondéjar, escritora y psicoanalista murciana. Se trataba entonces de su cuarta obra literaria, de momento, su único libro de relatos publicado, *El pensamiento mudo de los peces*. Es autora, además, de tres novelas: *Una casa en La Habana*, *Yo nací con la bossa nova* y *No quedará la noche*.

Esta tarde la tenemos de nuevo entre nosotros para hablarnos de *Lenguas vivas*, una novela, tal como reza en la contraportada del libro, “erótica y exquisitamente divertida”, descripción que yo comparto. Está editada por Gollarín, mi editorial favorita, por cierto, la más querida para mí, que inicia con esta obra de Lola una nueva colección: ADARME. Hay que felicitar a los editores por su trabajo y también al autor de la portada, magnífica, original y muy bella.

Igual que en aquella presentación, comenzaré aludiendo al título, tan acertado y sugerente como aquél. Debo añadir que éste es muy exacto y no sólo por su referencia a un órgano tan activo en todo menester de índole erótica y que en esta historia, os lo aseguro, trabaja de lo lindo, sino también porque nos remite a la **lengua viva** que contiene palabras con las que la narradora y protagonista del relato juega a su antojo. A veces simplemente se limita a calificarlas, a describirlas como una prenda de vestir. Por ejemplo, “banal” le parece una palabra “elegantísima”, opina que “baladí” es “muy fina, oriental”. Otras veces, en cambio, destripa las palabras, descubriéndonos en algunos casos su insospechada composición sexual. Os anticipo que estos pasajes están llenos de ingenio y de humor. Veréis: “Anodino” es “un ano de dinosaurio, enorme pero gracioso”; “anoche”, “un ano de argentino enfadado, ah, no, ¡che!”..., y ¿a que nunca se os había ocurrido pensar sobre el verdadero significado del término “verano”?, pues que “Es la estación en la que se ven los culos”. Y así, una divertida y original lista de términos entre los que destaca la palabra más erótica del español, que no voy a desvelar...

Para ella las palabras son muy importantes. Acude a las clases de adultos y está leyendo muchas cosas pero confiesa que ha leído desde pequeña. De hecho, descubrió a la vez la sexualidad y la literatura: “Mi primo Damián (...) me enseñó a leer tocándome el chichi, yo me moría de gusto y le buscaba sin parar para que me contase cuentos en la mesa camilla. Por eso me gusta tanto leer, tal vez, y las palabras, quizás, son preciosas, de verdad, lo mejor del mundo. Es mucho más bonito el mundo en palabras que en la realidad. Dan ilusión de verdad, como dice un amigo mío(...)” (pp. 71 y 72)

No sólo son muy importantes; afirma incluso que “la sexualidad está en las palabras” y lo justifica desde su experiencia amorosa, pues le gusta que Solomon, su pareja, le respire al oído, “me excita oír su placer en mi oreja, que se calienta por dentro y por fuera con sus exclamaciones”.

Creo de sobra justificado el acierto del título. Analizarlo me ha obligado a entrar en materia de inmediato y he pasado por alto un detalle fundamental. Nuestra protagonista y narradora es una madre de familia, que, abandonada por su marido, barbero y homosexual, tras un tiempo de prácticas masturbatorias con adolescentes en la oscuridad de los cines, se convierte en prostituta. Se ha propuesto escribir una novela erótica para presentarla a un concurso. Si lo gana y le llega la fama, cambiará de oficio y montará una tienda de ropa interior masculina y femenina juntas (se pregunta ella cómo no se le ha ocurrido esta fórmula mixta antes a nadie). Por eso lleva dos años yendo a la escuela de adultos, para sacarse el graduado escolar y poder llevar ella misma la contabilidad. Solomon, su amado, es también el dueño del negocio donde ella trabaja y quien le ha dado la idea de presentarse al concurso.

Y así nos encontramos ante un personaje que convierte a los lectores en destinatarios de su obra erótica y, a la vez, en testigos del proceso creador a través del cual intenta transformar su propia vida en materia literaria, de ahí su preocupación por la forma, su autocrítica cuando reconoce que ha utilizado algún lugar común, contra cuyo empleo ha sido

advertida por Solomon, y la alusión a las palabras, con las que juguetea como órganos sexuales al alcance de la mano y, naturalmente, de la lengua, juguetona también y, como ya os he dicho, extraordinariamente activa en este relato.

Nuestra deslenguada meretriz tiene el empeño de la “honestidad intelectual”, en nombre de la cual prefiere ser asertiva y decir lo que piensa y siente de verdad, en lugar de someterse a lo políticamente correcto, asumiendo el riesgo de que su novela no parezca “una auténtica novela erótica”. La reflexión a que da pie lo anterior me parece muy clarificadora para comprender en este caso no tanto lo que pretende la protagonista como la autora, Lola López Mondéjar. Dicha reflexión es la siguiente:

“Porque, ¿qué es lo auténtico?, ¿eh?, ¿nunca se lo han preguntado?

Yo sí. No existe nada auténtico, ni en la sexualidad ni en la vida. Yo misma soy un ejemplo de lo que digo. ¿Soy una auténtica puta?, ¿o más bien un ama de casa pervertida? ¿Es auténtico el morbo que me produce Zaida?, ¿soy por eso lesbiana?, y en caso afirmativo, ¿qué decir de mi Solomon?” (p. 44)

Para despistarnos más aún, también afirma que “en esto del amor (...) están pasando cosas muy raras, la gente que era heterosexual se vuelve homosexual y viceversa, a lo que salga, creo yo, porque en el fondo lo único que quieren es alguien que les quiera, ya está. La sexualidad, no paro de decírselo, no importa demasiado”. (p. 100)

Sin embargo, para no ser tan importante la sexualidad, ella está dispuesta a ponerlo todo, “sin censurar nada, quizás me critiquen por esto o por aquello. Pues bien, ¿saben lo que les digo?, que si piensan así son unos estrechos, en la literatura y en la sexualidad, pues creo que ambas deben ir unidas.

Es que el sexo dice mucho de la gente, no todo, no, pero mucho, por ejemplo esto: si ustedes creen que no debe decirse todo aquí, seguro que creerán que tampoco debe hacerse todo allá”. (p. 71)

Una doble pregunta ha sido lanzada así, como si nada, al lector, y como fondo, la autenticidad. ¿Qué es una auténtica novela erótica? ¿Es más auténtica la que lo dice todo? ¿Debe decirse todo en materia sexual? ¿Debe hacerse todo en el sexo? Es decir, creo que con gran habilidad la autora se adelanta a las posibles objeciones que podamos poner a la naturaleza auténticamente erótica de su novela mediante toda una declaración de principios que trascienden lo literario y nos conducen a nuestra particular vivencia y valoración del sexo, y las plantea a través de su personaje, que, al fin y al cabo está intentando escribir una novela erótica para ganar un concurso. Si, casi por definición, la novela es el género que mejor refleja la vida y, por tanto, en la novela cabe todo, defender que en una novela de tema erótico no se diga todo lo erótico puede significar que también nos limitamos eróticamente en la vida, nos estrechamos, por utilizar el mismo término que emplea la narradora. Y así, la reflexión literaria sobre los subgéneros novelísticos propone también una reflexión moral (hablábamos de lo que no se debe decir y de lo que no se debe hacer...), teniendo en cuenta, además, la opinión varias veces repetida por la narradora a lo largo del relato de que el sexo no importa demasiado. ¿En qué quedamos?

Mi impresión es que ella, toda una trabajadora del sexo, piensa de verdad que no es tan importante. De hecho, le es muy fácil mientras trabaja, “desconectarse”:

“Durante mi trabajo yo me transporto. A lo mejor es por eso que no tengo conflictos entre el yo y el super-yo: hago un corte, establezco una distancia enorme entre mi cabeza y mi cuerpo. Mi cuerpo actúa mecánicamente y yo, lo que se dice yo, estoy en otra cosa. Es una práctica que me viene de la etapa de ama de casa. En las ocasiones en que mi marido me poseía yo no sentía nada porque no estaba allí sino en otra parte; haciendo la compra, tendiendo la ropa, en la cocina con el asado ; mientras él se afanaba en mantenerla dura, ahora entiendo el trabajo que le costaba al pobre, seguro que también andaba por ahí, pensando en algún maromo mientras me la metía por un orificio que no era santo de su devoción. Yo dejaba mi cuerpo inerte, ¿verdad?, mudo, y lo hacía como sin darme cuenta, en serio, me salía

así sin más, cuando terminaba volvía a unir la parte de abajo con la de arriba y a seguir en lo mío”. (p. 27)

He dicho al principio que estamos ante una novela erótica y divertida. Sospecho que en lo segundo vais a estar más de acuerdo conmigo que en lo primero. Yo no soy una lectora habitual de este género pero reconozco que de entrada me sorprendió el tono directo de la narración, las detalladas y muy explícitas descripciones de los trabajos en que interviene la protagonista. No entendía yo así el erotismo. Para mí lo erótico es más sutil e insinuante. El autor sugiere y el lector completa con su fantasía. Aquí la fantasía interviene poco porque en este relato que lo dice todo, todo se ve. Más preciso sería, en lugar de hablar de erotismo, hablar de sexualidad y, en el fondo, de otro tema esencial en este relato: la identidad.

Los clientes de la protagonista constituyen una riquísima galería de personajes que acuden a ella no sólo en busca de sexo sino en muchos casos con el fin de convertirse en otros. Con algunos de ellos en realidad trabaja como actriz que da la réplica a criaturas que se escapan de lo que son y de quienes son durante un rato y con la relación sexual como excusa. Pienso en JFK, por ejemplo, o en el Fantasma, o los cuarentones miembros de la que ellos mismos denominan Escuela de la resistencia... Ya veréis, no tienen desperdicio. La reflexión que os leo a continuación lo deja bien claro:

“Aunque, bien pensado, más indigno que ser puta es ir de putas. Ir de putas es, ¿cómo les diría?, pensar que nadie va a quererte, que no vales para conquistar a una mujer por tus propios méritos, que estás dispuesto a soportar a la tuya, que no te atrae, para el resto de tu vida, sin plantearte dejarla, conformándote sólo con ir de putas. Una vida indigna donde las haya.

Los hombres vienen aquí y eluden sus contradicciones mucho más que yo, porque yo: ¿qué tenía?, ¿eh?, ¿qué tenía? Nada, no era nada y sigo sin ser nada. Bueno ahora sí porque estoy escribiendo una novela, pero ellos son o creen ser algo y no se enfrentan ni siquiera a ese algo que son. Por eso casi todos se ponen nombres falsos, se crean otra identidad”. (p. 39)

Bueno, esto es lo que la protagonista concluye de su experiencia, de un oficio que le parece muy interesante porque le ha permitido aprender muchas cosas y conocer a las personas para las que ha trabajado, algunos, clientes fijos.

No me ha sido fácil seleccionar los pasajes objeto de mi comentario porque tenía muchos candidatos, pero había que elegir, y pienso que estas pinceladas bastan para que os hagáis una idea de lo que os vais a encontrar en las páginas de *Lenguas vivas*, un recorrido detallado por las más variadas situaciones sexuales, incluida, al final, alguna práctica sadomasoquista por la que la autora parece pasar más rápido y sin recrearse gratuitamente, lo suficiente para poder explicar el mecanismo psicológico que sostiene la simbiosis de placer y dolor, y que resulta revelador y muy interesante.

Os garantizo un buen rato, vosotros diréis si de erotismo, de sexo explícito, de humor, de análisis psicológico, de prácticas lingüísticas en el sentido más amplio, en sentido total, vamos, del término... No hay sordidez en el relato, hay compasión, sensibilidad, comprensión de la complejidad de lo humano, y disfrute, alegre disfrute. Para concluir, me quedaría con eso, con los momentos en que la narradora sucumbe al placer y se deja llevar, a veces sin pretenderlo. Esos episodios están descritos con extraordinaria elocuencia, con fruición diría yo.

Me ha gustado especialmente el final, una referencia que la narradora hace, a modo de epílogo, a los hombres que tienen hilo directo con sus sentimientos: “Son exactamente tres, y si cualquiera de ellos apareciera podría acostarme con él en ese mismo instante sin esfuerzo alguno. Mucho más que en el exterior, esos hombres están dentro de mí”. Es muy importante esta última afirmación porque en otro momento en que afirma que le gusta excitarse mirándose, pero con los ojos cerrados, confiesa que experimenta un placer más puro y fuerte que el desencadenado por el sexo: “...se trata de un placer intenso que está en el centro de mí misma y que se expande hacia la periferia a través de la superficie de mi cuerpo, pero por dentro de esa superficie.” Esos tres hombres conviven en el interior de sus dulces fantasías,

que nunca haría realidad porque ella es de su hombre; en su vida privada se confiesa extremadamente fiel, quizá por su educación zamorana, un tanto contradictoria pues le permite ser puta sin conflicto al tiempo que le prohíbe ponerle los cuernos a Solomon.

Creo que es sincera cuando afirma que su oficio no le causa ningún conflicto interno, de lo que no estoy tan segura es de si ese beneficio lo recibe sólo de su educación. Tal vez no se haya dado cuenta de que ser puta no la priva tampoco a ella del deseo de ser otra persona, de fantasear con otra vida que, por si acaso, no permite convertir en real. Ella es lo que es, lo que nos cuenta con tanta minucia y afán de verdad, y también lo que calla, lo que sueña, lo que planea ser y no será nunca. Es decir, lo mismo que nosotros. Todos descansamos en nuestra fantasía, de la realidad y de nosotros mismos. Por eso seguimos leyendo novelas y reuniéndonos para hablar o escuchar lo que otros nos dicen de ellas. Por eso estamos hoy aquí y seguiremos estando siempre que un libro de Lola nos convoque.

Muchas gracias.

Josune Intxauspe

Librería 80Mundos (Alicante), 26 de febrero de 2009